11265

Una noche de novios.

250972

UNA NOCHE DE NOVIOS,

HUMORADA COMICA

EN UN ACTO,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCES.

MADRID:
LIBRERÍA DE D. JOSÉ CUESTA,
Calle de Carretas, núm. 9.

1859.

PERSONAS.

D. Venancio Espátula, *boticario.*
D. Cárlos Torbellino.
D. Rufino Dudas.
Liron.
Serafina.
Doña Hildegundis.
Convidados.

La escena es en Alcalá.

Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y de Ciegos.

ACTO UNICO.

(El teatro representa una trastienda de botica, un armario, una mampara, una mesa regular, otra mas grande, encima de la que hay varias vasijas de botica. En el fondo la tienda, puertas á la derecha y á la izquierda, una campanilla encima de la puerta.)

ESCENA PRIMERA.

DON VENANCIO ESPATULA, DON RUFINO DUDAS Y DOÑA HILDEGUNDIS, *que entran por la puerta de la derecha.*

Espátula. Queridos suegros, ustedes me han asaeteado con un alfiler un brazo, para decirme que pasara á la trastienda... Ya estamos en ella; ¿qué me quieren ustedes?

Dudas. (*Preparándose á hablar.*) ¿Qué es lo que yo queria decir? Queria... ¡Ah!... no... ¡nada!... ¡nada!...

Hildegundis. (*Interrumpiéndole.*) No es eso. Yerno, en el momento solemne de entregarte nuestra hija Serafina, necesitamos depositar en tu corazon nuestras inquietudes paternales.

Espátula. Vamos; pues no se aflijan ustedes, confienme esas inquietudes.

Hildegundis. Ya puede usted hacerse cargo de la aflic-

cion que esperimentan unos tiernos padres, en el momento de separarse de su hija querida, para colocarla en los brazos de un estraño...

Espátula. ¿Un estraño? Yo soy bien conocido... Venancio Espátula, natural de Alcovendas, nacido en el año de 1808, educado en Madrid, y en el dia boticario en Alcalá de Henares... Soy inventor de las famosas píldoras contra el reumatismo, y las enfermedades guturales ó de la voz, con privilegio esclusivo para su venta... Píldoras que llamo patrióticas, con el objeto de asegurar mejor su despacho.

Hildegundis. Yerno, usted no me ha entendido... Prométanos usted hacer feliz á nuestra hija... que la pobrecita lo merece por todos estilos... es tan amable, ¡tan sensible!... tan obediente, en fin, una malva... Pero hombre dí algo.

Dudas. Ah, sí... Qué... ¿qué es lo que yo queria decir? Ah... nada...

Espátula. ¡Oh!... Mi Serafina es un serafin, un... vamos, la carne se me despega de los huesos al pensar que á las seis de la madrugada tengo que lanzarme del lecho nupcial para embutirme en la diligencia.

Hildegundis. ¿Pero no podria usted retardar su viaje?

Espátula. ¡Imposible! Tengo que estar en Zaragoza dentro de tres dias para asistir al reparto de bienes, y tomar la parte de herencia que me corresponde por mi difunta tia... Tengo una confianza ilimitada en mis parientes; pero pudieran escamotearme alguna cosilla y... vamos, quiero estar en

persona. Y si vieran ustedes que triste está mi corazon con esta brusca y fatal marcha! Me veo obligado á dejar á Serafina, en cuanto den las seis menos cuarto. Hace ya ocho dias que para evitar este viaje tan preciso, ando buscando... ¡Imposible! No hay en toda la farmacopea un remedio para este mal. Pero cuando vuelva ganará el tiempo perdido... No es verdad, papá ¿Dudas? (*Le da un golpecito en el vientre.*)

Dudas. ¿Qué queria yo decir ahora...? ¡Ah!... sí... no... nada.

Hildegundis. Vamos, ya veo que mi hija será dichosa con usted y me tranquilizo un poco... ahora debemos entregarnos á la alegría... Sabe usted que el baile es lucido... ¡Oh! Lo ha manejado usted todo perfectísimamente.

Espátula. ¡Ah! ¡por supuesto!... Tengo para obsequiar á mis convidados, unos pasteles de lomo de cerdo, butifarras, chorizos, y otras cosillas ligeras... Tres clases de refrescos... vino para los caballeros, agua y vino para las señoras y agua clarificada para los parvulitos.

Hildegundis. Bien, muy bien; pero á pesar de todo ese lujo asiático, falta una cosa muy esencial en este baile.

Espátula. ¿El qué?

Hildegundis. El Primo de Serafina, ese picarillo de Torbellino...

Espátula. ¿Cárlos Torbellino? ¿Su sobrino de usted, no es verdad? Me carga horrorosamente ese escribientillo que no tiene talento mas que para hacer

gatadas... No me encuentra una vez que no me suelte un sin número de pullas ridiculizando mi profesion y mis opiniones. No parece sino que porque es de Madrid, tiene derecho para burlarse de un boticario de Alcalá. Sin duda se le figura que aqui somos salvajes, con plumas y maza y... pues ha de saber que los vecinos de Alcalá estamos tan civilizados como el primero.

Hildegundis. ¡Ay! Pues á mi me gusta sobremanera.

Espátula. Ademas, quiero dejar á un lado su carácter... Si no le he convidado á mi boda, ha sido por otras razones... Yo sé que quiere á Serafina, y que no le pesaria el ser mi Cirineo. Pues á mí no me gustan esas bromas, ¿entiende usted?

Hildegundis. ¡Ay! ¡Qué es usted celoso! ¡Vaya! Y de un muchacho como él. (*Se oye ruido dentro.*)

Espátula. ¡Qué tal! ¿Oye usted la algazara? Ya ve usted que no hace falta ese sargento para divertirnos.

ESCENA II.

Los mismos. LIRON.

Liron. (*Entra riéndose.*) Ah... ah... ah... ¡si es de la piel del diablo! ¡Si supiera usted qué ocurrencia! Figúrese usted qus estábamos tan contentos, jugando al milano que le dan... cuando se abre de pronto la puerta de la escalera, y aparece un sargento de caballería, y con el sable en la mano, nos dice de órden del comisario de policia que se retire cada

uno á su casa. Nos quedamos estupefactos... todos empiezan á coger los sombreros, capas, paraguas etc. etc. y se preparan á salir, cuando el tal sargento se quita el uniforme, se arranca los vigotes y se mete las narices en el bolsillo, y sabe usted quién era? vaya una ocurrencia divertida don Venancio, era el señor Torbellino.

Espátula (Consternado.) ¿Torbellino aqui?

Hildegundis. ¡Cuánto me alegro!...

Liron. Pues no es eso solo. Ha esparcido por la sala del baile una porcion de polvos fulminantes... ah!... ah!.. y he tenido que tomarme el trabajo de irlos recogiendo, porque no los pisen las muchachas, y con los tiros se arme una de todos los diablos.... ah!.. ah!.. aquí los tengo.

Espátula. Vamos, yo no me aparto de Serafina. (*Vá á salir; se oye tocar una galop y doña Hildegundis le agarra del brazo.*)

Hildegundis. Ay... ay... La galop, yerno; es preciso que galopemos juntos.

Espátula. ¡Bien! ¡me alegro! (Vaya usted ahora á galopar con esta acémila.) (*Se entran corriendo.*)

ESCENA. III.

TORBELLINO. SERAFINA *que salen por distinto lado.*

Serafina. Vamos, primo, déjeme usted; ¿á qué es el seguirme así?

Torbellino. Chist!.. Calle usted, primita. Lo he hecho espresamente para tener un ratito de conversacion á solas con usted.

Serafina. ¡Ah! Ya entiendo. Será para maquinar alguna nueva diablura.

Torbellino. No se trata ahora de narices postizas, de polvos fulminantes, ni de esas tonterías. Me he despojado ya del vestido de farsante y me presento á usted como amante irritado, que viene á pedirla cuenta de su conducta! ¿Por qué se ha casado usted sin mi consentimiento.?

Serafina. Por qué? Porque usted es un monstruo, un inconstante, un pérfido... sí... sí abra usted mas los ojos... El señor Espátula me ha probado que tiene usted una querida hace ya un mes.

Torbellino. ¿Una querida... yo?.. ¡No hay tal cosa! Señora eran dos.... dos para atolondrarme; y tanta era la pena que me agobiaba con su boda de usted, que estuve por tener tres. Vea usted á qué escesos puede conducir una pasion.

Serafina. ¿Con qué me ama usted tanto?

Torbellino. ¿Pues qué no se acuerda usted ya de los tiernos juramentos que nos hemos hecho? Usted me juraba amor eterno, y yo prometia vivir eternamente sometido á su voluntad de usted! Bien ha cumplido usted su promesa de no ser de otro que mia. ¡Perjura! ¡encantadora! ¡pérfida! hermosa. Todo lo ha puesto en olvido... ¿Y aquellos versos románticos que la hice á usted, no se acuerda usted de ellos? ¡Huy no se acuerda de los versos románticos que hice para ella..!

Serafina. Pero si el Señor Espátula nos ha hablado tan mal de usted que...

Torbellino. Me ha calumniado; infame, pero yo me

vengaré. Le voy á seguir por todas partes como su sombra. Seré su vampiro; su eterna pesadilla. Ahora mismo voy á romper los botes de su botica... á mezclar todas las drogas y á dar libertad á las sanguijuelas. Sí señora... amnistia á las sanguijuelas, y le cambio todos los rótulos de las vasijas para que dé por flor de manzanilla polvos de cantáridas, y por aceite de almendras dulces, sublimado corrosivo, y todo por este estilo; asi perderá todos los parroquianos... y su marido de usted quebrará; sí señora, y mendigará de puerta en pnerta, y será el primer boticario de quien cuente la historia que llegó á pedir limosna, como un licenciado del ejército.

Serafina. ¡Dios mio, qué colera!

Torbellino. Estoy furioso de pensar que mi infame rival nos echará pronto á todos de aquí, y se quedará solito con usted; se cerrará con llave y... Ah! no puedo decir todo lo que se me ocurre.

Serafina. No entiendo lo que quiere usted decir.

Torbellino. ¿No lo entiende usted?.. ¡Qué inocencia! Y es posible que esta cándida paloma ha de ser devorada por ese buitre farmacéutico; no... no debe ser... y... no será.

Serafina. Primo, me asusta usted. ¡Cómo! ¿Voy á ser ahí dentro devorada por un buitre? Esplíqueme usted cómo...

Torbellino. ¿Cómo?.. Sí señora!.. Se acercará á usted y la dirá: «Serafina... permite que un casto abrazo (*La abraza*); permite que dos castos abrazos... (*Otra vez.*) (¡Toma boticario! Traga la píldora; aho-

ra saqueo tu propiedad.) *Torbellino se arroja á los pies de Serafina. Espátula aparece en el fondo.*)

ESCENA IV.

Los mismos. ESPATULA.

Espatula. Qué veo.

Serafina. ¡Dios mio!

Torbellino (*Aparte á ella.*) Esté usted quieta y finja conmigo.

Espátula (*Gritando.*) ¡Socorro! ¡La guardia! fuego.

ESCENA V.

Los mismos. DUDAS DOÑA HILDEGUNDIS. LIRON. CONVIDADOS.

Un convidado. ¿Qué gritos son estos? ¿Qué le asusta á usted? Vamos animese usted y hable que ya estamos aqui nosotros para defenderle.

Espátula. Mire usted; ¡miren ustedes! Todavía está á sus pies.

Todos. ¡Qué audacia!

Torbellino. (*De rodillas aun.*) ¿Audacia? ¿Y por qué? Apostaria á que creen ustedes que estoy á sus pies para... no tiene nada de estraño... Pues sepan ustedes si no lo han adivinado, que estamos ensayando una escena para representarla delante de ustedes, y acabar alegremente la fiesta... Pero este

caballero con el pretesto de que es marido viene haciendo calendarios.

Hildegundis. Ya se vé; tiene razon mi sobrino. Pues qué mi hija... ¡no faltaba otra cosa! Yerno, usted es un visionario!

Todos. Sí, sí, usted es un visionario.

Hildegundis. Levantarle un caramillo á mí buen Torbellino despues que trabaja tanto para divertirnos, vaya!.. vamos vamos Torbellino sigue tu escena.

Todos. Sí, sí... ¡que la repita! ¡que la repita!

Torbellino. (El diablo me lleve si sé lo que les he de decir.) Es una pieza nueva que se va á ejecutar muy pronto en Madrid. Tiene tres papeles principales; yo hago de... ella de la... y usted el del...

Espátula. Deben ser bonitos esos papeles.

Torbellino. ¡Es una tragedia en veinte y cinco actos! con prólogo y epílogo; se titula el Alfabeto; este es su argumento. El príncipe A. B. C. D. adora á la princesa E. F. G. H. de quien es tiernamente correspondido. Desgraciadamente tiene por rival al abate I. J. K. La princesa E. F. G. H. estaba voluptuosamente sentada en una otomana, cuando llega el abate I. J. K. y arrojándose á sus pies, la declara su amorosa pasion. En esta actitud le sorprende el príncipe A. B. C. D. que entra seguido de su caballerizo mayor el señor L. Ll. M. y de otros personages de categoría; furioso dice al abate I. J. K. «Salid de aquí»: y él le contesta, N. O. P. Q. me ha permitido la entrada. R. S. T., dice el príncipe á su gentil hombre, que salga. Uooo, replica el abate, no salgo X. Y. Añade el príncipe dirigién-

dose á su capitan de guardias, cortadle la cabeza; ay! A. B. C. D., dice entonces la princesa anegada en llanto, por el cariño de tu E. F. G. H. perdona á I. J. K. L. Ll. M.: N. O. P. Q. suplicádselo. Pero R. S. T. V. le agarra, X. Y. saca la cuchilla y no hay fuerzas humanas para que á A. B. C. D. ceda de su intento. Me parece que el que no comprenda esto se puede decir que no sabe el cristus. (*Dan las doce.*)

Espátula. (*Aparte.*) Llegó la hora feliz... el suspirado momento... Amigos mios, su compañia de ustedes me agrada en estremo, pero todavía me agradaria mas que ustedes se marchasen al momento. Tengo que hablar con mi esposa.

Serafina. (*Arrojándose en los brazos de su madre y llorando.*) Ay mamá...

Torbellino. (*Bajo á Serafina.*) Tranquilícese usted, prima, que yo velo por su tranquilidad. No la incomodará á usted nadie esta noche.

Espátula. ¿Hem? qué... ¿qué es eso?

Torbellino. Nada. Me estaba despidiendo.

Espátula. Queridos suegros, su cuarto de ustedes está arriba corriente de todo.

Torbellino. Me vuelvo á Madrid.

Espátula. (*Aparte.*) Me alegro; un enemigo menos.

Hildegundis. (*A su marido.*) D. Rufino Dudas, ¿en el momento de separarse usted de su hija, no la dice usted nada?

Dudas. (*Acercándose á su hija.*) Ah!.. si qué... queria yo decir... no... nada...

Hildegundis. (*A Serafina.*) Bien te has portado... ven

pichoncita tierna *Entran las dos en el gabinete de la derecha. Doña Hildegundis quita la llave.*

Espátula A los (convidados.)

Ahora, señores, pueden ustedes salir por aqui.

Todos. Qué duerma usted bien, don Venancio. *Liron va acompañándolos hasta la puerta. Entretanto Torbellino dice lo siguiente.)*

Torbellino. No, pues juro por quien soy, que no has de entrar en ese cuarto. Aqui has de pasar toda la noche en vela rabiando, fumando, helándote y cogiendo una pulmonía para que te lleve pateta cuanto antes.

Espátula. (*Volviendo despues de haber despedido á los demas.*) ¿Qué dice usted?

Torbellino. Yo nada... ¿Qué hora es?

Espátula. Las doce dadas.

Torbellino. Buenas noches. (*Vase.*)

Espátula. Buenas noches.

ESCENA. VI.

ESPATULA. LIRON.

Espátula. Gracias á Dios que me han dejado solo! Estoy medio aturdido, y en este momento me estremece el amor, el miedo, que sé yo! Estoy lo mismo que un recluta el primer dia que se bate.

Liron. Es que habrá usted empinado mucho; pero se pasará.

Espátula. Pues señor, empecemos á desnudarnos .. Liron, vas á servirme de ayuda de cámara.

Liron. Chist... creo que ha sonado la campanilla.

Espátula. (*Mirándola.*) No ves que no se menea, bárbaro. Quieres asustarme; pues solo me faltaba que ahora vinieran á incomodarme.

Liron. Si llaman no se levante usted, que yo ire á despachar.

Espátula. No puede ser. Las órdenes son positivas... en vista de los numerosos disparates ocurridos, se obliga al farmacéutico á vender él mismo sus drogas por la noche. Pero tengo esperanzas de que me dejarán tranquilo hoy. Quítame la casaca; mi suegra va á salir... me voy á meter detras de esta mampara porque el pudor no me permite... (*Se mete detras de la mampara.*) Quitémonos el chaleco... el corbatin... los tirantes . Liron, búscame el gorro y la almilla de dormir. Bien... todo el dinero se me ha caido; bueno.... bravo..... Ya he roto el cristal del relój.

ESCENA VII.

Los mismos.. DOÑA HILDEGUNDIS.

Hildegundis. Yerno, vengo á anunciarle á usted que... Calla, ¿dónde está?

Espátula. Estoy aqui, suegrecita.

Hildegundis. (*Queriendo entrar.*) Aqui tiene usted la llave.

Espátula. Hey... Deténgase usted. No estoy visible ahora, no se acerque usted, porque....

Hildegundis. Entiendo, entiendo, á las cinco y media

bajaremos á despertarle á usted, para que se vaya á la diligencia.

Espátula. Tranquilícese usted, suegra; si yo no dormiré.

Hildegundis. Ya, ya estoy, vaya; buenas noches, yernecito. (*Da la llave á Liron, y se va por el fondo.*)

Espátula. (*Saliendo de la mampara. Está vestido de calzoncillos, almilla y gorro.*) Liron, ¿qué tal estoy?

Liron. Hui... es milagroso, cómo se le parece á ústed...

Espátula. ¿A quien?

Liron. Yo no sé, pero se le parece usted mucho.

Espátula. Calla gaznápiro. Dame la palmatoria y la llave. Bien, Liron; vete á acostar. (*Vase Liron.*) Cuando me vea así, me parece que le he de dar golpe, y me da vergüenza porque... pues señor allá voy, (*Va á entrar en el cuarto de su muger, cuando llaman.*) Calla, ahora llaman. ¿Quién demonios será? (*Llaman mas fuerte.*) Allá van, allá van. Ten un poco de paciencia, tortolita mia.

ESCENA VIII.

ESPATULA. TORBELLINO, *vestido de muger.*

Torbellino. Ay, Dios mio, y qué pesado ha estado usted para abrir.

Espátula. Y qué es lo que quiere usted, ¿señora?

Torbellino. Usted me ha de perdonar si vengo á incomodarle tan tarde, y si me presento con este

tragecillo; pero cuando se necesita no se repara en fechas. Ay, Dios mio, ¡yo estoy muy mala!

Espátula. Señora, yo no soy médico.

Torbellino. Ya... Ahora mismo vengo de buscar al mio; pero no estaba, y á falta de médico se va regularmente á casa del boticario. Deme usted, por Dios, cualquier cosa.

Espátula. Pero dígame usted al menos lo que tiene.

Torbellino. Deme usted lo que le parezca.

Espátula. Eso seria un desatino. Digame usted antes lo que siente y veremos.

Torbellino. Si yo no sé lo que siento.

Espátula. Pues pregúntemelo usted á mí.

Torbellino. Yo no sé; una desazon general, dolores de cabeza, vahídos. Y de algun tiempo á esta parte unos antojos que... Ahora mismo me comeria una manzana.

Espátula. Vamos, ya sé lo que es eso; ¿es usted casada?

Torbellino. Sí señor.

Espátula. Pues entonces sea enhorabuena. Tiene usted una buena noticia que dar á su marido.

Torbellino. (*Llorando.*) Ay, Dios mio, yo estoy perdida; voy á ser madre, ¡qué desgracia!

Espátula. ¿Pero por qué?

Torbellino. Es que usted no sabe. Hace tres años que mi marido está en América. Ay, ay, ay, ¡Dios mio!

Espátula. (*Queriendo despedirla.*) Señora lo siento mucho, ¿pero qué quiere usted que yo le haga?

Torbellino. Y no sé cómo me ha sucedido esta avería.

Figúrese usted que tres meses despues de la ausencia de mi marido... ay, ahora me comeria un barril de anchoas.

Espátula. (*Enfadado.*) Señora, esta no es tienda de ultramarinos.

Torbellino. Para distraerme un poco, me fui á Madrid con una amiguita, compramos salchichon y queso para el viaje: y como sabemos montar á caballo, alquilamos dos borricos de distinto sexo y empezamos á galopar por esos caminos como dos locas... Huy... ahora me comeria una sardina... no, no, ya se me pasa la gana. Pues señor, de repente se desboca mi asno, caigo al suelo, se me queda un pie agarrado en el estribo y mi borrico sin parar de correr... casualmente aquel dia hacia una ventisca, que no pude evitar... A mis voces vinieron dos militares, uno artillero y el otro de caballería, y me vuelven á colocar en el asno sin reirse; cosa bien estraña en los soldados, ahí tiene usted como empezaron nuestras relaciones. Llegamos á Madrid, nos fuimos los cuatro á un baile, y como eran tan galantes cuando salimos nos ofrecieron acompañarnos hasta la posada. Ibamos andando, vuelvo la cabeza, y no veo ni á mi amiga, ni al artillero, el de caballería me dijo: «Habrán hecho un cuarto de conversion por la derecha.» A todo esto eran las once de la noche y estabamos en la calle de Valverde; yo no las tenia todas conmigo, porque al cabo una sola á esas horas con un hombre á quien no se conoce. En fin, me dijo una porcion de galanterías hasta la Red de san Luis;

cuando llegamos á la puerta del Sol, me dijo que era frescota y bonita; cuando entramos en la plazuela del Angel me confesó su amorosa pena; nos detuvimos en la calle de la Concepcion y alli yo no sé lo que me dijo, pero lo cierto es, que con el corazon arrepentido en la calle de la Magdalena lloraba yo como una Madgalena. Ah... ahora beberia un traguito de vino Cariñena.

Espátula. Señora, yo no puedo estarla á usted escuchando toda la noche. Compóngase usted con su marido cuando venga...

Torbellino. Yo lo creo que me compondré. Es muy buen muchacho, y tragará la píldora; que aunque hace tres años está en América, yo le probaré que es el padre del chico.

Espátula. ¿Pero si hace tanto tiempo que les ha separado á usted el Occeano?

Torbellino. El amor no conoce distancias. Ay ahora me comeria unos pepinos en vinagre; no... un pepinito solo.

Espátula. Señora, yo no puedo complacerla á usted; con que hasta mas ver... ¿Eh?

Torbellino. Yo quiero uno... un pepinito. Mire usted que sino me da un síncope. Quiero un cornison.

Espátula. Déjelo usted para mañana.

Torbellino. (*Cayendo en una silla.*) No... no me voy; quiero un cornison. Búsquemelo usted; ¡Jesus que corazon de roca! ¡Ay, que me da, que me da el síncope! (*Finge desmayarse.*)

Espátula. Bien, corriente; ya la dió el patatús y ahora no puedo dejarla sin auxilio. Por vida... Voy cor-

riendo por ether. (*Yendo á la puerta de su muger.*) No te impacientes, tortolita mia.

ESCENA IX.

TOBBELLINO, *solo.*

Ya se fué. Voy ahora á poner en práctica mi proyecto. (*Va al cuarto*) Está quitada la llave; Serafina estará durmiendo, es preciso darle que hacer. Dios te la depare buena, boticario de satanás; no has concluido tu tarea esta noche, porque te voy á proporcionar trabajo hasta que yo vuelva. Manos á la obra; este armario delante de la puerta principal. Esta mesa llena de cacharros en medio de la pieza; las sillas aquí perfectamente. Habilidad necesitas para no perderte sin luz, en tu misma habitacion... ya vuelve. (*Apaga la luz. Oscuro.*)

Espátula. (*Sale con un pepino en una salvilla.* Vamos con el cornison. Tome usted, señora, tome usted. (*Se da contra una silla.*) ¡Hui qué barbaridad! haber apagado la luz. ¿Dónde está usted?

Torbellino. Por aquí, por aqui, Acabo de pasar una crísis horrible, y habré tirado el candelero en algun movimiento; pero es igual, de todos modos le doy á usted las gracias. No quiero ya el pepino, ahora no deseo mas que irme á acostar.

Espátula. Y yo tambien.

Torbellino. (*Aparte.* Me parece que te llevas chasco.)

(*Alto.*) Pero por Dios guíeme usted. Si no veo una gota.

Espátula. (*Le encuentra y le conduce á la otra puerta.*) Venga usted por aquí. Vaya buenas noches.

Torbellino. Que usted descanse. (*Vase.*)

ESCENA X.

ESPATULA, *solo.*

Pues señor, vamos al negocio, y ¿cómo acierto sin luz? Sí, sí, el amor me guiará, y su llama me alumbrará á falta de candil. Oh, puedo ir con los ojos cerrados á mi cuarto porque conozco todos los objetos que hay en la... (*Se da contra la mesa.*) Huí... ¿qué diablos es esto? Bien, perfectamente. (*Pone la mano sobre la mesa y tira las vasijas.*) Ya he roto todos los cacharros; me alegro, crei que estaba en medio del cuarto, y me encuentro á una punta. A ver... poco á poco, reflexionemos; mi alcoba está al poniente, pues es por allí. (*Se dirige al cuarto.*) Ah, ya dí con la puerta; vaya, entremos. (*Abre las puertas del armario y se mete dentro.*) Válgame Dios, ¡qué barbaridad! Pues no queria acostarme en el armario? El caso es que yo no sé cómo demonios está esto; vamos á ver, la puerta está á la izquierda del armario. (*Llega á tientas á la escalera.*) ¿Bien; qué significa esto? Señor, se han llevado la puerta y estoy perdido en mi misma habita-

cion. Este es el laberinto de Creta. (*Llama.*) Liron, ¡Liron! está roncando ese Rinoceronte. Pues, señor, esto no se puede quedar así. (*Buscando encuentra una mesa.*) Ah, encima de esta mesa debe haber un eslabon. (*Toma el eslabon y el pepino y echa yescas.*) ¡Anda salero! quiero encender con un pepino; pero señor, ¿dónde está mi cajita de fósforos? Ah, ah... ya di con ella ella. (*Enciende la vela.*) Dios mio, ¡qué desorden! Quien ha trastornado todos los muebles, no puede haber sido nadie mas que Liron. ¿Si será sonámbulo? vaya, arreglemos esto... ¿Pero en qué me detengo? adentro. Diosa de Citerea, ha llegado el momento... (*En cuanto mete la llave en la cerradura, llaman.*) Que no te se cayera el brazo; yo creo que se han dado de ojo para hacerme desesperar, y... no hay remedio. (*Va á abrir.*)

ESCENA XI.

ESPATULA. TORBELLINO, *de sortú blanco gruso y cubierta la cara con una bufanda.*

Torbellino. (*Con una voz muy ronca.*) ¿Vive aqui Don Venancio Espátula?

Espátula. Sí señor, aqui vive. Pero despache usted porque estoy muy ocupado.

Torbellino. Yo soy de Madrid.

Espátula. No le entiendo á usted una palabra.

Torbellino. Que soy de Madrid y he venido aqui á

cantar en un concierto; pero me encuentro sin voz y vengo á ver si me componen mi querida; lárguese las píldoras patrióticas que usted ha inventado.

Espátula. Justamente tengo aqui algunas.

Torbellino. No... es preciso que sepa usted la causa de mi desgracia. Estuve ayer de guardia en palacio, porque soy nacional de Madrid. Cuando salí de centinela tenia una soberbia voz; vuelvo á entrar otras dos horas en la punta del diamante y al relevarme me encuentro sin ella. Tenia que venir hoy precisamente á cantar aqui en un concierto; dejo los avíos y me pongo en camino arropándome bien y procurando sudar; llego y nada, mas ronco que nunca. Me dan noticias de usted y me salgo del concierto para ver si remedia esta desgracia. Escuche usted, escuche usted, voy á dar un punto. (*Prueba.*) Nada, absolutamente nada; ¡y yoque tenia una voz tan hermosa! Estoy ahora como un jarro.

Espátula. (*Yendo á tomar una cajita que está sobre una mesa.*) Tome usted, tome usted. Con que hasta mas ver.

Torbellino. Estoy impaciente por ver el efecto. Ah.... ah... bien... perfectamente. (*Se las toma todas.*) Hombre, esto es maravilloso; conozco que me vuelve la voz; ah... ah... ya está aqui la picaruela. (*Hace escalas.*) Bravísimo, bravísimo; merece usted cualquier cosa.

Espátula. Sí, sí, cualquier cosa. Me alegraré que cante usted bien, y que... vaya buenas noches.

Torbellino. (*Ronco otra vez.*) Calla, ¿qué es esto? Una caja, ¡una caja!

Espátula. Ahí tiene usted la que queda y eche usted á correr con dos mil de á caballo.

Torbellino. (*Despues de haber tomado las píldoras y con voz natural.*) Me oiria usted cantar el aria del «novio perseguido.» Sublime, admirable. (*Canta cualquier cosa.*) Ah... ah... ah... (*Ronco.*) Una caja, ¡una caja!

Espátula. Si no se va usted mando llamar al celador del barrio.

Torbellino. Me voy. (*Se dirije hácia la puerta del cuarto de la derecha, y mete furtivamente en la cerradura un papel arrollado.*)

Espátula. Hey, ¿adonde diablos va usted? Por aquí. (*Llevándole á la puerta.*)

Torbellino. Usted disimule. (*Vase haciendo gorgoritos.*)

ESCENA XII.

ESPATULA, *solo.*

Ha hecho bien en irse porque ya se me habia apurado la paciencia. Por último, te vuelvo tu espos..., Serafina mia. (*Yendo hácia la alcoba.*) Calla, un papel en la cerradura; pues antes no estaba... ah... ¡ya caigo! Ne se atreve Serafina á llamarme y me dirije una tierna queja, que pone en mis manos por el agujero de la cerradura. ¡Qué ingenio! ¡Qué de-

licadeza! (*Despues de leer el billete.*) ¡Dios mio! ¿Qué he leido? Liron, Liron...

Liron. (*Dentro.*) ¿Quién llama?

Espátula. Yo; ven acá.

Liron. (*Entra bostezando.*) ¿Usted? ¿Usted me llama?

Espátula. Dí, ¿quién ha metido este papel en la cerradura?

Liron. Qué sé yo...

Espátula. ¿Has desordenado tu estos muebles?

Liron. No, usted si que ha desordenado mi sueño.

Espátula. Entonces, no entiendo. Escucha y tiembla. «Una persona á quien usted ha ofendido gravemente quiere vengarse esta noche. Esté usted levantatado y no se duerma. Un amigo íntimo.» Qué dices de esto, ¿Liron?

Liron. Que es horrible. (*Bostezando.*) ¡Ah!

Espátula. ¡Pero si yo no he hecho mal á nadie! ¿Quién puede quererme así?

Liron. Señor, sus opiniones políticas de usted son muy exageradas y...

Espátula. Me das un rayo de luz. Puede que sea el carpintero de enfrente, porque le he denunciado en el último alistamiento de la Milicia Nacional y he hecho que le incorporen por fuerza.

Liron. Puede.

Espátula. O el tahonero, que ya no le tomo mas pan porque le echó mucho centeno.

Liron. Hui... ¡Qué zoquetes somos! Señor ese no es sino algun amigo de usted, que le previene que se guarde del señor Torbellino.

Espátula. Diste en el quid de la dificultad. Es ese bri-

bon de Torbellino que quiere jugarme alguna mala pasada.

Liron. Pues es preciso que no se duerma usted.

Espátula. Pero es demasiado duro permanecer celibato la primer noche de novio... ¡Ah! No... no... hay un medio. Te vas á plantar mi uniforme y á ponerte de centinela en la puerta.

Liron. ¿De centinela? Me duermo en seguida. (*Bosteza.*) Ah... ¡Qué feliz idea! voy á esparramar los polvos fulminantes del señor Torbellino delante de esa puerta, de modo que si quieren entrar en su cuarto de usted, al poner un pie, pif, paf, pun; yo tengo el sueño muy ligero, y á los diez ó doce tiros me despierto, bajo, y empiezo á porrazos con el agresor.

Espátula. ¡Admirable pensamiento!

Liron. Aqui los tengo. Con que manos á la obra. (*Los echa delante de la puerta derecha.*)

Espátula. Cuidado con que acudas; vaya, buenas noches. Liron. (*Llaman violentamente.*) Ahí están los conspiradores.

Liron. No: puede qué sea alguno que venga por cualquier remedio.

Espátula. Anda á ver por el postigo.

Liron. (*Yendo.*) Es una tia vieja.

Espátula. ¿Si acabaremos esta noche? Hazla entrar y á ver si me la puedo echar de encima pronto. (*Liron entra en el cuarto de la izquierda.*

ESCENA XIII.

ESPÁTULA. TORBELLINO, *vestido de vieja pobre.*

Torbellino. ¡Ay Jesus, María y José! Dios mio, Dios mio! Vírgen santísima.

Espátula. (*A Torbellino.*) ¿Qué quiere usted?

Torbellino. Ay ¡Válganme los cuatro Evangelistas San Juan, San Lúcas, San Mateo y San Marcos! (*Repite estas palabras con distintas inflexiones de voz.*)

Espátula. ¿Señora, va usted á estar dos horas llamando á los santos?

Torbellino. ¡Ay! Si tuviera usted un poco de lumbre para calentarme....déme usted otra silla para sentarme.

Espátula. Al caso, al caso; vamos, abuela, vamos á ver, ¿qué quiere usted?

Torbellino. (*Sentándose.*) Esto que le voy á decir á usted le probará que me persigue siempre la desgracia. Yo he sido portera en una hermosa casa, y vivia en un cuarto muy cuco; pero derribaron la casa y me quedé en la calle sin tener donde recojerme en el invierno. Y si viera usted, estaba tan bien en mi portería....Cada inquilino me daba un poquito de carbon y me calentaba tan ricamente; con que viéndome desamparada me metí á enfermera y mi marido á pocero, porque tenia esa vocacion hacia mucho tiempo....fué voluntario realista, y ya ve usted.

Espátula. ¿Pero, señora, qué me importa á mí todo eso? Dígame usted lo que quiere ó...

Torbellino. Y mire usted, estábamos muy bien. Pero varios contratiempos nos han derribado de nuestra brillante posicion, y hemos llegado á conocer la desgracia... y como donde no hay harina todo es mohina. Un dia entró en casa algo alumbrado, me llamó bruja, y yo á él suizo; me dió un puñetazo y yo le soplé una navaja gallega en la tripa. Desde aquel momento desapareció la tierna intimidad que reinaba entre nosotros.

Espátula. Pero si á mí no me importa saber todo eso.

Torbellino. Por último me he metido á peinadora. Me llamo Petronila Pergamino y mi marido Alonso Cuba. Corto el pelo en mi casa y en la de los parroquianos; si acaso me necesita usted para su muger la peinaré.

Espátula. Eh, déjeme usted, tia... Mi muger se peina sola y no necesita que la enreden el pelo.

Torbellino. Poco á poco, señor boticario, poco á poco, no desprecie usted mi profesion. El perro es el amigo del hombre cuando no le muerde; tiene su inteligencia, y hasta su opinion política, como los demas animales.... como usted y yo. Y sepa usted que yo divido mi cariño entre mi querida hija Agustina y una perrita faldera que he adoptado, una desgraciada, fruto del amor y la casualidad. Quisiera que viera usted á mi Agustina y á mi falderita; con unos magníficos cabellos y unas lanas blancas tan largas... Toca la guitarra y nunca se sube encima de las camas: tiene una sonrisa tan cando-

rosa, con una lengüecita sonrosada, canta árias y ladra cuando quiere salir de casa.

Espátula. Su hija de usted.

Torbellino. No, mi perrita; estaba hace poco tranquila en mi cuartito, cuando entra mi marido, y me arma una pelotera, porque el majadero está celoso del sastre que hay en el portal de casa. Quiere embestirme con una tranca y yo le digo: «Insensato, quieres estropear á tu mitad, romper tu misma costilla.» ¡Vecinos, socorro! A mis voces acude Cesár, el perro del carnicero de la plazuela, y le ataraza una pantorrilla. Alonso de un estacazo le rompe una pata y los dos están á estas horas tendidos en el patio poniendo en el cielo los gritos y los ahullidos; de modo que ablandarian á una piedra. Con que vengo á ver si me dá usted algun medicamento para esos infelices.

Espátula. Señora, bien podia usted haberme dicho eso desde el principio, y no que.... Vamos voy á buscar cualquier cosa para su marido de usted.

Torbellino. (*Deteniéndole del vestido.*) No, no; no quiero que se le socorra el primero, porque es un infame. Al perro, al perro, ha de ser.

Espátula. Enhorabuena; voy por emplasto aglutinante.

Torbellino. (*Deteniéndole.*) Pero si le he querido tanto.. ¡ha sido mi primer amor! Vamos socórrale usted; á él no... no, no, al perro. ¡Ay! ¿á quien acudiria usted antes, al perro ó á mi marido?

Espátula. (*Cogiéndola del brazo.*) Ni á uno, ni á otro. Váyase usted con mil demonios.

Torbellino. Eso es, tráteme usted así: si yo fuera al-

guna princesa alemana no me diria eso usted... un farmacéutico... usted no es mas que un boticario de mala muerte un.... un.. canalla. Dios mio, ¡Dios mio!... ¡Qué desgraciada soy! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ESPÁTULA, *solo. Luego* LIRON.

No pues ahora bien pueden echar abajo la puerta, que no abro á nadie, yo corro á tus brazos, tortolita mia. (*Se dirije precipitadamente con la luz en la mano, hácia el cuarto de la derecha, pisa los polvos fulminantes que estallan estrepitosamente y deja caer la luz.*) Qué diablos es esto.) ¡Ah!... son los polvos fulminantes; ya no me acordaba yo de semejante cosa. (*Liron con fornituras y fusil se lanza á la escena, y empieza á dar patadas y puñetazos á Espátula gritando.*)

Liron. La guardia, ladrones, este asesino.

Espátula. (*Gritando.*) ¡Bárbaro, bruto, salvaje! Qué soy yo, ¡Liron!

ESCENA XV.

Los mismos. DUDAS. DOÑA HILDEGUNDIS.

Hildegundis. ¿Qué ruido es este? ¿Por qué grita usted así? No tenga usted miedo qué estamos aquí nosotros para defenderle.

Espátula. (*Sofocado.*) Si no es nada, queridos mios, nada; una equivocacion. ¡Úf! estoy derrengado.

Liron. Me parece que yo me he portado como un hombre.

Espátula. Sí, sí; ya veo que puedo contar contigo para cualquier cosa. Pero me has estropeado, en fin, no importa, yo....

ESCENA XVI.

Los mismos. TORBELLINO *vestido como al principio.*

Torbellino. Pero don Venancio, ¿qué es lo que hace usted aqui todavía? La diligencia ha llegado, y en el parador andan llamándole á usted á gritos.

Espátula. (*Recogiendo la ropa.*) Bien, bien. (Esto solo me faltaba.)

Voz dentro. Don Venancio, ¡don Venancio! La diligencia se va á marchar.

Espátula. Serafina, Serafina.

ESCENA ULTIMA.

Dichos. SERAFINA.

Serafina. ¿Qué es esto? ¿Qué ruido es el que hay aquí?

Espátula. Anda; te vienes conmigo á Zaragoza.

Torbellino. ¿Qué dice usted? ¿Y si no hay asiento?

Espátula. Irá en el mio y yo con el mayoral, con los escopeteros, en cualquier parte. (*Echa andar con ella.*)

Todos. Venancio, ¡Venancio!

Espátula. ¡Vayan ustedes al infierno! Serafina, á dormir á quince leguas de aquí.

Torbellino. Se marcha... ¡triste de mí!

¿Con(que en vano á troche y moche
he enredado en esta noche
para detenerle aqui?
¿Con que al cabo la perdí?
Quiero morir... inhumanos;
á ver prevenid las manos,
juntadlas de pronto, luego
yo anunciaré... apunten, fuego.
Un aplauso, ciudadanos.